ESTUDIOS

Reflexiones en torno al establecimiento del poderío cartaginés en Hispania (*)

Pedro Barceló

Después de aplastar la rebelión de los mercenarios la recuperación de Cartago dependía en buena medida de su capacidad operativa en culminar nuevas empresas. El nombramiento de Amilcar Barca como estratega de Libia le confería a este un amplio marco de actuación delimitado por el ámbito geopolítico y la ambición personal. Los objetivos de Cartago y de los Bárquidas convergen al momento de emprender esta gran aventura ultramarina que será la conquista del sur de la Península Ibérica.

En el primer capítulo del libro segundo, Polibio nos cuenta cómo en el año 237 a.C. Amilcar, después de haber logrado sofocar la guerra en el Norte de África, marchó hacia Hispania al frente de un cuerpo de ejército¹. Aunque el resto de las fuentes no transmite otros detalles sobre los efectivos y la composición de esta tropa, podemos suponer que cuando, en Gades, Amilcar puso el pie por vez primera en el continente europeo, traía consigo una unidad compuesta, substancialmente, por mercenarios².

La presencia de un ejército cartaginés en Hispania introdujo un nuevo factor de fuerza en un territorio que, hasta aquel momento, apenas había llamado la atención de las grandes potencias. La nueva situación no tenía que provocar forzosamente un cambio de las circunstancias estratégicas globales, pero sí que procedía a redefinir la postura de Cartago hacia el Sur de la Península Ibérica. Nuestro conocimiento sobre las relaciones entre sus parientes fenicios, asentados en suelo hispano, las poblaciones tarteso-turdetanas o ibéricas, y Cartago, deriva principalmente de la utili-

(*) El siguiente texto corresponde a una conferencia pronunciada en marzo de 1995 en la Universidad Jaume I. Quiero agradecer a los colegas de la Facultad de Ciencias Humanas y Sociales, especialmente al profesor Juan José Ferrer Maestro, la cordial acogida que me propiciaron. También recuerdo con gratitud el intercambio científico que pude mantener durante mi estancia en Castellón.

¹ Aparte de Polibio (II 1), nuestra fuente más antigua, estos hechos han quedado reflejados en los siguientes autores: Diod. XXV 10; Nep. Ham. 4; Pomp. Trog./Justino XLIV 5, 4; Apiano, Iber. 5; Tzetzes I 27. Véase G. Chic García, «La actuación político-militar cartaginesa en la Península Ibérica entre los años 237 y 218», *Habis* 9 (1978), p. 233-242.

² Diod. XXV 10, Apiano, *Iber.* 5.

zación de la evidencia arqueológica, que atestigua la existencia de un activo tráfico comercial³.

Merced a noticias dispersas contenidas en la tradición escrita poseemos información acerca de la sistemática contratación y empleo de mercenarios hispanos en la milicia cartaginesa⁴. Entre los modernos investigadores predomina, sin duda, la idea de que ya en el siglo VI a.C. Cartago creó en España una provincia o una zona de influencia; sin embargo, resulta conveniente ser sumamente cauteloso respecto a la valoración política de las relaciones hispano-cartaginesas en época prebárquida⁵.

Contamos con muchos más datos fidedignos y fácilmente interpretables si dirigimos nuestra vista al análisis de las distintas etapas de la invasión cartaginesa de Hispania. Los antiguos autores destacan unánimemente la impronta bélica de la entrada de Amilcar en el escenario hispano⁶. Su gobierno se caracteriza por conquistas, sumisiones y correrías; ciertamente no faltan contactos pacíficos sancionados mediante tratados, que aunque no estén atestiguados explícitamente deben ser al igual tomados en consideración. No obstante el ejército constituyó el factor más relevante de su política hispana, y se suscita el interrogante de averiguar la incidencia del empleo estratégico y táctico de la ofensiva militar durante la fase inicial de esta provincia bárquida de Cartago. La respuesta de las estructuras de la red de dominio y afianzamiento del poder en la zona bárquida de Hispania.

En primer término, hay que intentar arrojar mayor claridad sobre las circunstancias del marco geográfico en que se desenvuelven las acciones militares y políticas. Las fuentes literarias⁷ permiten deducir, que la actuación de Amilcar se produce en un determinado ámbito localizable en la zona meridional de la Península.

Gades, Akra Leuke (Castrum Album) y Helike son las plazas asociables a la fase inicial de sus planes de conquista. En Gades anduvo

³ J.M. Blázquez, «Las relaciones entre Hispania y el norte de África durante el gobierno bárquida y la conquista romana (237 -19 a.J.C.)», *Saitabi* 11 (1961), p. 21-43; A.M. Muñoz, «Sobre el comercio cartaginés en España», *Pyrenae* 4, 1968, p. 129-140; M.E. Aubet Semmler, «La necrópolis de Villaricos en el ámbito del mundo púnico peninsular», *Homenaje a L. Siret*, Sevilla 1986, p. 612-624.

⁴ P. Barceló, «Mercenarios hispanos en los ejércitos cartagineses en Sicilia», II. *Congresso di Studi Fenici e Punici*, Roma 1991.

⁵ Véase P. Barceló, «Karthago und die Iberische Halbinsel vor den Barkiden», (*Antiquitas Reihe* 1, Bd. 37), Bonn 1988, p. 63-85.

⁶ Véase Polibio III 12, 2-4; Nep. Ham. 4, 1-2 menciona los *equi, arma, viri y pecunia* de Amilcar; Livio XXI 1, 4-2.

⁷ Gades (Diod. XXV 10, 1); Akra Leuke (Diod. XXV, 10, 3; 12) Helike (Diod. XXV 10, 3-4; Véase también Apiano, *Iber.* 5, 19-21; Nep. Ham. 4,2); combates con íberos y tartesios: (Diod. XXV 10,1) y con Indortes (Diod. XXV 10, 1-2); minería en la región de Cartagena y de Sierra Morena (Polibio XXXIV 9, 8-11; Plin. n. h. XXXIII 96-97).

Amilcar por primera vez sobre el solar hispano. La ciudad constituye el punto de partida de todas las posteriores operaciones. En Akra Leuke intentó instalar, inmediatamente después de haber cumplido una parte de sus designios de conquista, un punto de apoyo para su dominio⁸. Pero, ¿en dónde ubicar este lugar?⁹. Normalmente Akra Leuke es localizada en el territorio urbano de Alicante¹⁰. Sobre su emplazamiento concreto se ha señalado constantemente las alturas del Castillo de Santa Bárbara, o bien Benacantil, pero también el Tossal de Manises o la Albufereta. Sin embargo, no hay en nuestras fuentes rastros de ningún tipo para confirmar tales supuestos¹¹. A aquella idea parece haberse llegado, primordialmente, a partir de una dudosa interpretación toponímica, mediante la derivación Akra Leuke -Castrum Album-Lucentum-Alicante, un método que, como han demostrado los recientes estudios onomásticos para ejemplos similares, no carece de inconvenientes. No debe, pues, extrañar, que se hayan dirigido críticas hacia esta identificación. Algunos investigadores proponen otras soluciones para determinar el emplazamiento de Akra Leuke, y así la defendida por G.V. Sumner¹², que mantiene la localización de la ciudad en el entorno del distrito minero de Cástulo, encontró, con razón, una acogida relativamente favorable. No obstante, la equiparación de Akra Leuke con Alicante ha venido recibiendo una inmerecida aprobación. Aun cuando se rechace la solución de Cástulo, no existe motivo alguno para perseverar en la equivocada interpretación tradicional. Si Akra Leuke -la base operativa de las expediciones de Amilcar- pudiera identificarse con la actual Alicante, ¿por qué Asdrúbal unos años más tarde, cuando ya había consolidado significativamente la posición de los cartagineses en tierras hispanas, habría trasladado este avanzado bastión a cinco días de marcha hacia el sur, mediante la planificada erección de Cartagena como centro del poderío bárquida? En tal caso, los cartagineses habrían renunciado sin motivos justificados a ejercer el dominio y control de una comarca política y económicamente muy atractiva, decisión que no puede ser exclusivamente comprendida por las indiscutibles ventajas del puerto del Cartagena.

Pero si nos fijamos en la sistemática y penosa tarea de ocupación, como testifican todas las fuentes, de la parte meridional de la Península Ibérica, siguiendo una ruta de oeste a este, en ocasiones de sur a norte, semejante medida sería absolutamente incomprensible desde la perspec-

⁸ W. Hub, *Geschichte der Karthager*, München 1984, p. 273.

⁹ A. García y Bellido, *Hispania Graeca*, t. 2, Barcelona 1948, p. 59 s.

¹⁰ Véase F. Figueras Pacheco, *Acra Leuca, la ciudad de Amilcar*, Alicante 1932.

¹¹ E.A. Llobregat, «El papel de los cartagineses en la historia antigua del País Valenciano a la luz de los estudios recientes», *Cuadernos de Historia* 1975, p. 5s., 14 ss.

¹² G.V. Sumner, «Roman Policy in Spain before the Hannibalic War», *HSPH* 72, 1968, p. 208-210.

tiva estratégico-militar. Por consiguiente, respecto a Akra Leuke es preciso que o bien pueda hallarse en los alrededores de Cástulo (lugares con el adjetivo *leukós* no tienen que estar necesariamente emplazados en la costa, sino que pueden también figurar en el interior del país), o bien se alzara al sur de Cartagena (en alguna parte del territorio de los mastienos)¹³.

Los mismos debates que la situación de Akra Leuke suscita la exacta determinación de la posición de Helike. Las opciones a favor de Elche¹⁴ y Elche de la Sierra¹⁵ poseen en común que ambas caen dentro de un radio de acción, que incluye la parte suroriental de la Península Ibérica¹⁶. La identificación de Helike con Elche se encuentra en estrecha relación con la equiparación de Akra Leuke con Alicante. Mas como resulta casi imposible apoyarse en tal identificación, tampoco es válida la localización de Helike en Elche. El emplazamiento de Elche de la Sierra, en el curso alto del Segura, satisface no sólo las descripciones de los textos antiguos, sino que explica aún mejor el interés de Amílcar por el control de este territorio, contiguo al centro económico de las actividades cartaginesas. O tal vez podría estar perfectamente en consonancia con las luchas libradas con los Oretanos¹⁷, que pusieron a Amílcar en apuros.

Los nombres de los restantes pueblos hispanos mencionados en nuestras fuentes, que se opusieron a Amílcar (tartesios, íberos y celtas), parecen -aunque no podemos precisarlos- perfilar los escenarios de com-

¹³ En total disponemos de 16 citas en las que aparece el adjetivo *λευκοδ* de las cuales 10 están ubicadas en una situación costera: **1.** *Λευκη Νησοδ*, «isla blanca» en el mar Negro (Strab. II 125); **2.** *Λευκη Ἀκτη*, «cabo blanco» al oeste de Alejandría (Strab. X 489; XVII 799; Ptol. IV 5,7); **3.** *Λευκη Ἀκτη*, «cabo blanco» en el sur de Euboiá (Strab. IX 399); **4.** *Λευκη Ἀκτη*, en Laodicea (Siria) (Strab. XVI 749 f.); **5.** *Λευκη Καμη*, «aldea blanca» en el Mar Rojo (Strab. XVI 780); **6.** *Λευκη (νησοδ)*, islote al noroeste de Creta (Plin. n. h. IV 12, 20); **7.** *Λευκη (νησοδ)*, isla en la costa meridional de Creta (Plin. n. h. IV 12, 20); **8.** *Λευκη; (ακτη)*, ciudad en la costa del Asia Menor (Diod. XV 18; Pomp. Mela I 17); **9.** *Λευκαδια* ciudad en el sur de Corfu (Pomp. Mela II 53. 110; Liv. XXXIII 17 u.a.); **10.** *Λευκαί*, cinco islotes al norte de Lesbos (Plin. n. h. V 140). Por otra parte disponemos de 6 datos topográficos que no guardan ninguna relación con una ubicación costera o marítima: **1.** *Λευκη (το πεδιον)*, llanura en Laconia (Strab. VIII 863); **2.** *Λευκη; Ἰνδικη*, «India blanca», en Arachosia en el sur de Afghanistan; **3.** *Λευκη; Ὀρη*, «montaña blanca» en Creta (Strab. VIII 863; X 475; Plin. n. h. XVI 142; XXI 43); **4.** *Λευκαί Νασπα* «desfiladero blanco», en el interior de la Cirenaica (Ptol. IV 5, 13); **5.** *Λευκαστορ*, lugar en el interior de Arcadia (Pausan. VIII 25,2); **6.** *Λευκον πεδιον*, llanura en Megaris (Nonnus X 76).

¹⁴ *Fontes Hispaniae Antiquae (FHA)*, t. 3, Barcelona 1935, p. 11s.

¹⁵ A. García y Bellido, «Fenicios y Cartagineses en Occidente, Madrid 1942, p. 62 und 312; Aportaciones al estudio del proceso de romanización del SE peninsular», *Homenaje al Prof. Cayetano de Mergelina*, Murcia 1961/62, p. 372.

¹⁶ A. Beltrán, «Algunos datos para el estudio del lugar de la muerte de Amílcar Barca», *Caesaraugusta* 25, 1964, p. 93.

¹⁷ Diod. XXV 10, 3 nos habla de *συνεκβοηθησαντοδ δε του' Ορισσαν βασιλεωδ* y en XXV 12, 1 de *πολεμησαζ δε πρωτον τον' Ορισσαν βασιλευα* y utiliza el genitivo plural así como el genitivo o el acusativo singular para designar al *βασιλευζ*, de lo que se puede deducir que no alude a un «rey Orissos», sino que a un «rey de los Orissos».

bate que Amilcar atravesó en sus campañas entre Gades y el valle alto del Segura.

El mandatario cartaginés permaneció nueve años en Hispania. Murió en el invierno del año 229/228, durante el asedio de Helike. Evidentemente, el ataque contra Helike formaba parte de un plan que debía conducir a la dominación de la zona comprendida entre el curso superior del río Guadalquivir y el Segura. Pero esto presupone que Amilcar había aprovechado los años anteriores para, partiendo de Gades, colocar bajo su control las populosas y fecundas llanuras del curso bajo y medio del Guadalquivir y de Andalucía occidental.

De este modo se cerraba la primera fase de intervención, durante la cual su objetivo prioritario consistió en someter el hinterland de las antiguas factorías fenicias, todavía activas, en el valle inferior del Guadalquivir y del Genil, la campiña de Sevilla y Córdoba. Después de haber cumplido esta tarea -no podemos conocer el momento exacto- Amilcar emprendió la segunda fase de su plan. Su mira apuntaba hacia el control directo del tráfico de los metales que eran extraídos en la región montañosa de Andalucía oriental.

¿A qué recursos pudo recurrir Amilcar para llevar a cabo sus proyectos? Las tropas mercenarias que había reclutado en Cartago parecen haber formado la espina dorsal de su infantería. Sabemos además que Amilcar despachó a Asdrúbal hacia el norte de África al frente de un destacamento nómada, a fin de sofocar una revuelta que allí había estallado¹⁸. Lo cual sugiere, que el principal contingente de caballería puesto a disposición de Amilcar constaba de jinetes nómadas. Paralelamente, el general cartaginés no cesó de procurarse el enrolamiento de tropas hispanas, algo que consiguió incluso -según Diodoro- después de un combate contra Istolao, cuando pudo afilar en su ejército a 3.000 celtas (se trataba, presumiblemente, de miembros de los grupos tribales celtas domiciliados en las estribaciones de Sierra Morena).

Las operaciones hispanas de Amilcar no pasaron inadvertidas. Cuando se disponía a asegurar los frutos de sus éxitos sobre cimientos más resistentes, se cruzaron los romanos en sus planes. Recordemos la embajada que fue a visitarle y le exigió explicaciones¹⁹. ¿Cuáles eran sus intenciones? Suele sospecharse el interés de Massalia detrás del avance romano²⁰, idea poco probable a mi parecer. Más verosímil parece que el interés de los romanos se hubiera despertado al observar que el dominio cartagi-

¹⁸ Diod. XXV 10,3. Véase. W. Hub, op. cit. (n. 8), p. 272 s.

¹⁹ Cass. Dio. XII fr. 48.

²⁰ F. R. Kramer, «Massilian Diplomacy before the Second Punic War», en: *AJPh* 69 (1948), 9-14.

nés se consolidaba en Hispania -tal como proclamaba la fundación de Akra Leuke- No hacen falta mayores argumentos para subrayar la importancia que tenía la fundación de una ciudad. Y es así mismo instructivo, que la visita de la delegación senatorial a Amilcar (quien, con gran probabilidad, la recibió en su nueva residencia) haga desaparecer la desconfianza inicial de los romanos. En tanto que Akra Leuke, como conjeturamos, estaría situada en el distrito minero de Cástulo o en el país de los mastienos (quizá en la parte montañosa de las mina de Almagrera), cabe imaginar que la aseveración de Amilcar de que su empresa en Hispania redundaría en provecho no sólo de las arcas cartaginesas, sino también de las romanas, tendría para los emisarios romanos una plausibilidad casi innegable.

Los últimos movimientos militares de Amilcar en el curso superior del Segura señalan ya la orientación de los siguientes avances cartagineses, que apuntaban hacia la costa mediterránea. Pero esta tarea se abordó y culminó felizmente bajo el mando de su sucesor, Asdrúbal. Si comparamos los escenarios en que se movió Asdrúbal con los de Amilcar, llama enseguida la atención que las fuentes son todavía más parcas, a la hora de proporcionar la localización de las acciones de Asdrúbal, que en el caso de su antecesor. Únicamente se pone de relieve la fundación de Cartago Nova como nuevo centro del dominio bárquida en Hispania^{20a}.

Con Cartagena abrió Asdrúbal una puerta hacia el mundo exterior para las regiones de Andalucía oriental sujetas a Cartago. La ciudad disponía del mejor puerto del litoral mediterráneo y quedaba a una distancia mucho menor de Cartago que Gades o las colonias fenicias del sur de Andalucía. Además de eso, la fundación de Cartago Nova cuadraba dentro de una concepción estratégica global, rematada en cierto modo por esta ciudad portuaria. El lugar había sido elegido tanto por la riqueza de sus productos -las minas de plata junto a la ciudad, los campos de esparto y las pesquerías- como por las vías de comunicación hacia las explotaciones mineras de Sierra Morena, de Sierra Nevada y de Sierra Almagrera²¹. Y no pasó mucho tiempo antes de que, como corazón de la nueva fuerza política en el sur de Hispania, Cartagena desempeñase un destacado papel como centro económico y militar de los cartagineses, símbolo de su creciente poderío²².

^{20a} Sobre la función de Cartagena véase J.J. Ferrer Maestro, «Los puestos de comercio y las asociaciones de gentes de mar en relación con la Península Ibérica», en: *Millars*, XII (1988-89), 49-51.

²¹ P. Sáez Fernández, «Metalurgia y comercio púnicos en Sierra Morena». *Homenaje a Hernández Díaz*, t. I, Sevilla 1982, p. 111 s.

²² Polibio II 13, 1; A. García y Bellido, «Cartagena en la Antigüedad», *Investigación y Progreso* XIV, Madrid 1943, p. 293-302.

Al examinar la topografía histórica, juntamente con las informaciones que pueden extraerse de las fuentes, no es difícil obtener un cuadro aproximado de las bases geopolíticas de la provincia hispana de Cartago, levantada por Amílcar y Asdrúbal. Su centro de gravitación lo constituía el territorio delimitado por los ríos Guadalquivir y Segura al norte, por el océano Atlántico y el mar Mediterráneo al sur. Desde el curso medio del Betis hasta su desembocadura se extendía el llano de la campiña, cada vez más dilatado. Discurre éste a lo largo de las actuales provincias de Córdoba, Sevilla, Cádiz y Huelva, y comprende uno de los territorios agrícolas más fértiles de toda la Península Ibérica²³.

Mientras que en las tierras cercanas a los montes pueden aplicarse métodos de cultivo extensivo, las grandes planicies situadas en las cercanías del río, perfectamente irrigadas, así como los valles de los afluentes, ofrecen magníficas condiciones para una explotación intensiva, que rinde abundancia de cereales, aceite y vino. Cabe también destacar la importancia de la ganadería²⁴.

Aquí se ubicaban importantes centros urbanos, que habían sido objeto desde el siglo VIII a.C. de la aculturación fenicia, irradiada por las factorías establecidas en la costa meridional atlántica y mediterránea de Hispania (Huelva, Cádiz, Toscanos, Almuñécar, Adra, Villaricos). Aunque éstas habían sido fundadas a causa del comercio con los metales, en el curso de los siglos acabó desarrollándose una infraestructura económica diferenciada. De esta manera, no sólo la obtención de minerales y metales, sino también la comercialización de productos agrícolas, las capturas de la pesca, que no eran insignificantes, así como la actividad exportadora, que encontraba salida desde Gades y se halla bien documentada, tejían la estructura económica del valle del Guadalquivir²⁵.

Al este, es decir, en el interior de las actuales provincias de Jaén, Granada, Almería y Murcia, la topografía y el sistema económico ofrecen un panorama muy distinto. El paisaje es montañoso, los valles se estrechan, las condiciones climáticas son más desfavorables. Los suelos áridos permiten sólo de forma limitada un aprovechamiento agrícola. Mientras que el valle del bajo Betis se abre paulatinamente hacia el mar, la zona del alto Betis se orienta hacia el interior. Con todo, la región comprendida entre la desembocadura del Segura y el curso superior del Guadalquivir poseía, gracias a los tesoros del subsuelo, una importancia vital. Las minas de Río

²³ Véase el libro tercero de Strabon dedicado a la Península Ibérica (III 1, 6; 2, 1; 2, 3-6).

²⁴ R. J. Harrison, *Spain at the Dawn of History*, London 1988, p. 149-161.

²⁵ M. Pellicer Catalán, «Siedlungsplätze in der orientalisierenden Epoche am unteren Guadalquivir», *Hamburger Beiträge zur Archäologie* 8 (1981), p. 35-61.

Tinto (Huelva), la inmensas reservas de cobre, mineral de hierro y plata en la vecindad de Cástulo, el sector minero en la Sierra Almagrera cerca de Villaricos y las minas de plata de Cartagena hicieron de esta comarca uno de los más importantes territorios destinados, durante la Antigüedad, a la explotación mineral²⁶.

El conjunto de la región hispana meridional constituye una unidad territorial bajo influencia púnica o sometida al dominio directo de los Bárquidas; pese a sus considerables diferencias en la topografía, la demografía, las formas de organización política y el nivel de desarrollo económico, llegó a configurar un espacio relativamente homogéneo. Así vienen a corroborarlo los hallazgos arqueológicos: por ejemplo, la línea de difusión de la cerámica de barniz rojo llega hasta las estribaciones de este ámbito, mientras que las zonas al norte del Guadalquivir y del Segura quedan bajo otras influencias culturales²⁷. Los lugares del valle del Betis en donde se han producido hallazgos monetarios y los campamentos militares relacionados con los mismos delatan los esfuerzos de los cartagineses por mantener bajo efectivo control los puntos estratégica y económicamente más vitales del país sujeto a su poder. Además, podemos estimar estos núcleos como un intento de colonización agrícola. Las construcciones fortificadas cartaginesas denominadas, a imagen de Plinio (N.H. II 181). «Torres de Aníbal», no pertenecen a este contexto²⁸.

El principal objetivo de las expediciones militares cartaginesas subsiguientes a su primera intervención armada consistía en lograr un enclave directo en el corazón de esta próspera región. La decisión para dar semejante paso obedece al desfavorable resultado de la primera guerra púnica y responde a la necesidad de procurarse una compensación por las posesiones cedidas a los romanos.

Ya desde antiguo mantenían los cartagineses tráfico comercial y contactos marítimos con el sur de Hispania. A través de Ibiza y Villaricos, de Gades y las factorías fenicias del litoral mediterráneo, Cartago cultivaba relaciones constantes con los centros de producción de la Hispania meridional. Pero, al presente, esta forma de proceder no era suficiente. La infraestructura cartaginesa delimitada por el tratado de Lutacio sufría graves

²⁶ Strabo III 2, 8-11.

²⁷ E. Cuadrado, «Penetración de las influencias colonizadoras greco-fenicias en el interior peninsular», en: *Simposio Internacional de Colonizaciones*, Barcelona 1971, p. 93-104; Cuadrado, «Origen y desarrollo de la cerámica de barniz rojo en el mundo tartésico», en: Instituto de Arqueología Universidad de Barcelona «*Tartessos y sus Problemas*» (V. Symposium internacional de Prehistoria Peninsular), Jerez de la Frontera, Barcelona 1969, p. 257-290.

²⁸ Me remito aquí a informaciones proporcionadas por el Dr. O. Arteaga, quien después de estudiar 4 torres de la zona de Obulco afirma a través del análisis de la cerámica que se tratan de fortificaciones de la época Imperial romana.

perjuicios debido a la reducción de su campo de acción. Si Cartago no deseaba renunciar a su posición ancestral en el Mediterráneo, necesitaba encontrar cuanto antes una compensación a la pérdida de Sicilia y Cerdeña.

La conquista del sur de Hispania - un plan que, seguramente, arranca del propio Amilcar- debía facilitar una intensa explotación de las zonas mineras, de sobra conocidas por los cartagineses. El ejemplo más gráfico lo suministran el relato polibiano sobre el rendimiento en plata de las minas de la región de Cartagena, que arrojaban una producción diaria de 25.000 dracmas²⁹, o los datos de Plinio acerca de la mina de Baebelo, en las inmediaciones de Cástulo, que procuraba a Aníbal la obtención de 300 libras de plata al día³⁰. La política de conquista bárquida perseguía otros dos propósitos: por un lado, intentaba disuadir a potenciales competidores en el disfrute de las riquezas del sur de Hispania, como Masalia y Roma; por otro, trataba de crear una nueva y poderosa base ultramarina, capaz asimismo de desempeñar una relevante función política, económica y militar.

Tras la derrota sufrida por Amilcar ante Helike, que le costó la vida, sucedió Asdrúbal en el cargo a su suegro. Diodoro (XXV 12) calcula los efectivos de su ejército en 50.000 aguerridos infantes, 6.000 jinetes y 200 elefantes. Con esta tropa venció al rey de los oretanos, vengó la muerte de Amilcar y completó la conquista del sector del sureste peninsular situado entre el Guadalquivir, el Segura y la ribera del Mediterráneo.

Aún cuando concedamos un valor relativo a tales cifras, evidentemente exageradas y, en todo caso, redondeadas por lo alto, cabe reseñar que el potencial militar bárquida tuvo que haber sido considerable. Pero de la misma manera que los historiadores antiguos alaban en Asdrúbal su capacidad guerrera, ponen también de realce la importancia de su tacto diplomático y de su política de acuerdos, virtudes mediante las cuales pudo realizarse la auténtica consolidación de la Hispania cartaginesa.

Llegamos con ello al debate sobre el tratado de Asdrúbal³¹, cuya consideración figura entre las premisas que, separadas de los acontecimientos posteriores, condujeron en el año 218 a.C. al estallido de la guerra entre Cartago y Roma. No es aquí el lugar para abordar el problema de sobre quién recae la responsabilidad de la guerra³²; si, no obstante, lo ro-

²⁹ Polibio XXXIV 9 (Strabo III 2,10).

³⁰ Plin. *n.h.* XXXIII 97.

³¹ H.H. Schmitt, *Die Staatsverträge des Altertums*, t. 3, München 1969, p. 503-507.

³² A. E. Astin, «Saguntum and the Origins of the Second Punic War», *Latomus* 26 (1967), p. 577-596; F. Hampl, «Zur Vorgeschichte des ersten und zweiten Punischen Krieges», *ANRW I* 1, Berlín 1972, p. 427-441; C. González Wagner, *Fenicios y cartagineses en la Península Ibérica*, Madrid 1983, p. 405-427; W. Hub, op. cit. (n. 10), p. 269-293; J. Bleicken, «Geschichte der Römischen Republik» (*Oldenbourg. Grundriss der Geschichte* 2), München, Wien 1989, p. 139-143.

zamos, ello es consecuencia de que la tradición antigua no hace nada por deslindar el tratado de Asdrúbal de la cuestión de la responsabilidad de la declaración de guerra.

Polibio menciona el acuerdo varias veces. En II 13, 7, escribe: διοπερ αμα τω διαπρεσβευσαμενοι (sc. los romanos) προς τον 'Ασδρουβαν ποιησασθαι συνθηκαζ, εν αιζ την μεν αλλην 'Ιβηριαν παρεσιωπων, τον δε καλουμενον 'Ιβηρα ποταμον ουκ εδει Καρχηδονιουζ επι πολεμω διαβαινειν (...)³³.

Encajada en un resumen sobre las causas de la guerra se halla, en III 30, 3, la última cita del tratado de Asdrúbal, alusión que figura ligada a una burda localización derivada -desde luego, involuntariamente- del contexto de la argumentación. Se dice en aquellas líneas: διοπερ ει μεν τιζ την Ζα κανθηζ απωλειαν αιτιαν τιθησι του πολεμον, συγχωρητεον αδικωζ εξενηνοχεναι τον πολεμον Καρχηδονιουζ κατα τε ταζ επι του Λυτα τiou συνθηκαζ, καθ ' αζ εδει τοιζ εκατερων συμμαχοιζ την υφ ' εκα τερων υπαρχειν ασφαλειαν, κατα τε ταζ επ ' 'Ασδρουβου, καθ ' αζ ουκ εδει διαβαινειν τον 'Ιβηρα ποταμον επι πολεμω Καρχηδονιουζ. De donde podemos deducir, que la destrucción de Sagunto supone una violación del tratado de Asdrúbal; lo cual pudo haber sido tomado como indicación para estimar que Sagunto estaba al norte del río.

En Tito Livio el tratado de Asdrúbal figura mencionado en dos pasajes; mas para nuestro propósito es importante aquel pasaje (XXI 2,7) en donde, al hablar de la vida de Aníbal, detalla: *Cum hoc Hasdrubale, quia mirae artis in sollicitandis gentibus imperioque suo iungendis fuerat, foedus renovaverat populus Romanus, ut finis utriusque imperii esset amnis Hiberus Saguntinisque mediis inter imperia duorum populorum libertas servaretur*³⁴.

Sobre la situación de Sagunto señala Apiano, Ib. 7: Ζακαν θαιοι δε, αποικοι Ζακυνθιων, εν μεσω της τε Πυρηνης και του ποταμου του 'Ιβηρου οντεζ (...)³⁵.

Si resumimos todas las alusiones de las fuentes escritas antiguas sobre el tratado de Asdrúbal, llama la atención el hecho de que en ningún

³³ F.W. Walbank, *A Historical Commentary on Polybius*, Oxford 1957, vol. I, p. 168-172.

³⁴ Véase Livio XXI 18, 11-12: *Si vos non tenent foedera vestra nisi ex auctoritate aut iussu vestro icta, ne nos quidem Hasdrubalis foedus, quod novis insciis icit, obligare potuit. Proinde omittite Sagunti atque Hiberi mentionem facere et, quod diu parturit animus vester, aliquando pariat.*

³⁵ Sobre las cláusulas del tratado nos dice Apiano, *Iber. 7*: και η συγκλητοζ ουκεθελουσα τα Καρχηδωνιων επαιρεσθαι, πρεσβειζ εζ Καρχηδονα επεμπεν. και συνεβησαν αμφοτεροι ορον ειναι Καρχηδονιοιζ της αρχης της εν 'Ιβηρια τον 'Ιβηρα ποταμον, και μητε Ρωμαιοιζ τοιζ περαν τουδε του ποταμου πολεμον εκφερειν, Καρχηδονιων υπηκοοιζ ουσι, μητε Καρχηδονιουζ επι; πολεμω τον 'Ιβηρα διαβαινειν, Ζακαν- θαιουζ δε και τουζ αλλουζ εν 'Ιβηρια 'Ελληναζ αυτονομουζ και ελευθερουζ ειναι. και ταδε ταιζ συνθηκαζ ταιζ 'Ρωμαιων και Καρχηδονιων προσεγραφη.

sitio se habla de una localización exacta en el sentido de una concordancia entre el río del tratado de Asdrúbal y el Ebro actual. Más tarde, desde época de Polibio, llevó el Ebro el nombre de "Ιβηρ (*Hiberus*)³⁶. Tanto más asombrosa es la extraordinariamente difusa fijación de los elementos geográficos de ordenación del espacio entre el río del tratado de Asdrúbal y Sagunto. El que la mayoría de los pasajes de los correspondientes textos presupongan para el recorrido del río un trazado al sur de Sagunto, debe constituir un indicio contra la identificación del "Ιβηρ del tratado de Asdrúbal con el actual Ebro. A esto se añade que, a la vista de las dimensiones y el radio de acción de la esfera de dominio de Asdrúbal, resulta difícil concebir una identificación del antiguo "Ιβηρ del tratado de Asdrúbal con el Ebro actual. La corriente que fluye desde la Hispania septentrional está alejada por más de veinte días de marcha de la base de operaciones de Asdrúbal. Además, no poseemos ninguna señal de que en esta época los cartagineses se orientaran tan hacia el norte.

Más sentido tendría un río que se encontrara geográficamente al alcance de las posibilidades concretas de dominio de Asdrúbal. Este podría ser el Júcar, como propuso J. Carcopino³⁷, o incluso el Segura, el Tader de los antiguos. Una conjetura de este tipo se sustenta en el hecho de que al cerrar el tratado de Asdrúbal, los cartagineses consiguieron una saturación territorial -finalmente dominaban ya las zonas neurálgicas de Andalucía y de la región del sureste-, saturación que, en consonancia con los presupuestos de su propia historia, actúa con efectos enteramente positivos. Los datos arqueológicos antes citados recalcan que los cartagineses albergaban también el deseo de ejercer permanentemente un control efectivo en estos territorios tan importantes para sus intereses.

Hasta ahora apenas se ha intentado entender el gobierno de Asdrúbal desde las premisas adecuadas. De ello se resiente la apropiada valoración y significado del tratado cerrado por Asdrúbal con Roma, para cuya designación ha adquirido carta de naturaleza el equívoco título de «Tratado del Ebro».

Ante todo debemos fijarnos en que, a consecuencia de la expedición de Amilcar y, acto seguido, de la diplomacia de Asdrúbal, el aumento de las posesiones territoriales cartaginesas no tiene parangón dentro de la historia púnica. La porción de Hispania controlada por los Bárquidas era tan grande como Cerdeña y Sicilia juntas, en cualquier caso más productiva y de mayores proporciones que la *chora* norteafricana de Cartago. No

³⁶ Véase Avieno, *Ora marítima*, 505 donde el actual río Ebro es denominado *flumen Oleum*.

³⁷ «Le traité d'Hasdrubal et la responsabilité de la deuxième guerre punique», *REA* 55 (1953), p.276 s.

olvidemos que Cartago había precisado siglos en ganar una posesión en ultramar, y tuvo que desplegar firmes esfuerzos para conservar la posición lograda como potencia³⁸

Este prisma, imprescindible al momento de contemplar el proceso del funcionamiento de la política cartaginesa, se manifiesta en el tratado de Asdrúbal. El acuerdo alcanzado con Asdrúbal a instancias de los romanos confirió a los cartagineses la sensación de un triunfo enormemente rápido y excepcional, que podría estimular futuros sueños como gran potencia, al haber recibido confirmación por parte de la fuerza hegemónica de Occidente³⁹. Simultáneamente, el pacto encerraba un reforzamiento jurídico de la nueva *epikráteia* cartaginesa en la Península Ibérica. La línea de demarcación contemplada en el acuerdo recíproco sólo puede haber sido un río del sector hispano meridional, lo que aboga poderosamente a favor de la equiparación del «Ιβηρ del tratado de Asdrúbal con el actual Segura (Tader). Si el actual río Ebro hubiera sido objeto del acuerdo, el problema territorial que ello planteaba habría violentado todos los modelos y escalas de la política ultramarina cartaginesa y supondría admitir en los romanos una generosidad apenas mostrada en circunstancias anteriores.

A favor del Segura, en cambio, están las condiciones geopolíticas del ámbito de dominio cartaginés en época de Asdrúbal, así como el hecho de que las fuentes antiguas no proporcionan ningún comprobante positivo para la identificación del actual Ebro con el «Ιβηρ del tratado de Asdrúbal^{39a}. A ello se añade, que desde el punto de vista cartaginés el reconocimiento romano de sus posesiones territoriales al sur de Segura en el momento del cierre del tratado representaba un éxito diplomático. La primera guerra púnica había terminado hacía sólo quince años, y las tierras que los cartagineses consolidaban ahora mediante el tratado abarcaban, por su superficie, dos tercios del volumen territorial de la Península itálica. Además, el tratado facilitaba a los romanos, de forma favorable para sus intereses, una seguridad político-militar frente a los cartagineses; por otra parte, el acuerdo representaba también para Roma un éxito diplomático: el comercio itálico y el de los masalotas, aliados de Roma, que tenía ya rele-

³⁸ P. Barceló, «Zur karthagischen Überseepolitik im VI. und V. Jh. v. Chr.», en: *Gymnasium* 96 (1989), 13-37.

³⁹ Poco convincente es la apreciación de algunos autores que intentan ver en el tratado de Hasdrubal una manifestación unilateral cartaginesa que no comprometía a los romanos a nada. Véase como un ejemplo los argumentos de K.-W. Welwei, «Die Belagerung Sagunts und die römische Passivität im Westen 219 v. Chr.», *Talanta* 8/9 (1977), p. 156-173.

^{39a} Véase P. Jacob, «L'Ebre de Jérôme Carcopino», en: *Gerión* 6 (1988), 187-222; D. Wollmer, «Symptome. Das Übergreifen der römischen Expansion auf den griechischen Osten», *Hermes-Einzelschriften* 54, Stuttgart 1990, 116-135.

vancia en el sector al norte del Segura, quedaba adicionalmente protegido⁴⁰. Lo cierto es que si Polibio (Pol. II 13,6) habla, a este propósito, de generosas condiciones -κατανησαντεζ δε και πραυναντεζ τον Ἀσδρουβαν- quiere con ello expresar la tendencia imperial, ulteriormente madurada, de una gran potencia, que confunde igualdad de derechos con favor y concesión de beneficios.

Como sabemos, el tratado no fue ratificado por Cartago, lo que podría razonablemente apuntar a la duración de su validez. El hecho de que Asdrúbal se comprometiera frente a los romanos a no emplear las armas cartaginesas fuera del área territorial sancionada por mútuo acuerdo, le ligaba, en principio, solamente a él. Verdaderamente tales cláusulas no podían impedir la posterior evolución de un proceso difícil de prever en el momento de la conclusión del tratado. El análisis del futuro no permitía presumir cambio de situación en el dominio territorial, y de ahí surge el problema del plazo temporal del tratado.

Por lo general, el tratado de Asdrúbal es interpretado desde la perspectiva de la apertura de la guerra por Aníbal, más exactamente, desde el ángulo de la cuestión de la responsabilidad del conflicto. Esta posición provoca asimismo una defectuosa comprensión adicional de la genuina función del acuerdo. Cuando, en el año 226 a.C., Asdrúbal cerró el pacto, no podía imaginar que su gobierno sería tan efímero y que su sucesor, Aníbal, habría de asumir el riesgo de una guerra con Roma. El principal propósito se dirigía, a la hora de establecer el tratado, a robustecer la posición de poder obtenida hasta entonces en Hispania, posición que había sido consecuencia de una serie de logros y reveses y cuya fragilidad no escapaba a Asdrúbal. Razón para que su conducta no estuviera regida por temerarias intenciones de expansión. Fue más bien la necesidad de estabilizar el marco político de la posición de dominio alcanzada lo que impulsó a Asdrúbal a concluir el tratado del "Ιβηρ.

Todo ello puede muy bien apreciarse si observamos las columnas que sustentan la fuerza de Cartago en Hispania en el instante en que Aníbal, tras la sorprendente muerte de Asdrúbal, se hizo cargo del mando. Como puntales políticos más vigorosos figuraban los pactos con los dinastas de las más significativas tribus turdetanas e ibéricas⁴¹. Al modo que antes hiciera Asdrúbal, Aníbal contrajo matrimonio con una mujer noble de los alrededores de Cástulo. Detalles de esta naturaleza facilitaban el reconoci-

⁴⁰ A. J. Domínguez Monedero. «Reinterpretación de los testimonios acerca de la presencia griega en el Sudeste peninsular y Levante en época arcaica», en: *Homenaje a L. Siret*, Sevilla 1986, p. 601-611.

⁴¹ C. González Wagner, op. cit. (n. 32), p. 447 ff.

miento, alentado por los Bárquidas, de su caudillaje por parte de las poblaciones hispanas. No es ahora la ocasión de debatir hasta qué punto, con este comportamiento, puede hablarse de una monarquía bárquida, que casaba tradiciones autóctonas con ideas de corte helenístico, pero este problema abarca propiamente tanto el contexto de la legitimación del dominio cartaginés como el ámbito de la concepción política global de la provincia bárquida de Cartago⁴².

En el apartado económico, Aníbal pudo cosechar los frutos de la política bien encaminada de sus antecesores. El poder recurrir directamente las considerables reservas de minerales y metales del sur de Hispania, así como el control de las comarcas del valle del Betis, extraordinariamente fértiles para la agricultura, posibilitaron incluso la exportación de excedentes después de haber cubierto las necesidades propias. Sobre todo, gracias a ello se lograba mantener el abastecimiento de víveres para las numerosas tropas. También militarmente todo el espacio meridional hispano había quedado, como centro de gravedad, bajo control cartaginés. Los más importantes focos urbanos habrían albergado guarniciones cartaginesas.

Si contemplamos en conjunto todos estos supuestos, no resulta sorprendente que Aníbal, en comparación con Asdrúbal, reanudara de inmediato la dinámica forma de proceder de su padre (aunque, desde luego, sin arrojar por la borda los principios básicos de su predecesor). Y es que Aníbal contaba con una mejor posición de arranque. Por medio de operaciones militares de vastas miras, que le condujeron por la antigua vía de la plata hasta el norte de la meseta castellana (hasta Helmantike y Arbukala) y que funcionaron como expediciones de pillaje, desbordó el hasta entonces limitado marco espacial de la Hispania cartaginesa⁴³. Hay que reparar en que, con anterioridad al ataque contra Sagunto, Aníbal sobrepasó los restringidos objetivos de Asdrúbal respecto a la política cartaginesa en Hispania, sin que por eso quepa invocar que hubiera quebrantado el tratado suscrito por este.

Posiblemente, el acercamiento de Sagunto a Roma sólo había sido provocado por las campañas de Aníbal, en cuyo punto de mira figuraba el

⁴² J.M. Blázquez, «Consideraciones históricas en torno a los supuestos retratos bárquidas en las monedas cartaginesas», *Numisma* 1976, p.39-48.

⁴³ Las fuentes literarias para reconstruir la actuación político militar de Aníbal están recogidas en: *FHA* III, p. 23 ss.; Véase también J.M. Roldán, «Cartago y Roma en la Península Ibérica», in: Blázquez (Hrsg.), *Historia de España Antigua*, t. II, Madrid 1978, p. 27 ss.

Sobre el presumible papel del comercio itálico en la Península Ibérica antes del inicio de la 2ª guerra púnica, véase P. Barceló, «Rom und Hispanien vor Ausbruch des 2. Punischen Krieges», *Hermes* 122 (1995).

área hispana completa. Pues la conducta de Amílcar y Asdrúbal, que tenía por objeto la incorporación de Andalucía y la región murciana en la esfera de influencia cartaginesa, no forzaba a los saguntinos a diagnosticar una inminente amenaza directa. La dinámica de la política de Aníbal actúa, por una parte, como una transgresión, por la otra como la continuación orgánica de la política de sus antecesores. Para contrastar y mantener la contundencia y fidelidad de su ejército, compuesto entretanto por hispanos fundamentalmente, Aníbal llevó la guerra a algunas regiones situadas lejos de su propio ámbito de dominio. Si con esta idea encerraba el plan de someter a la obediencia bárquida amplios sectores de la meseta castellana y del territorio de la vertiente occidental no podemos precisarlo, aun cuando sea un pensamiento lógico -siempre desde la óptica cartaginesa-. La intervención de Roma en favor de Sagunto ha orientado a la historiografía favorable a la causa romana, que a tales efectos superacentuaba el tratado de Asdrúbal, a enfocar el problema del origen de la segunda guerra púnica bajo el prisma unilateral de un litigio jurídico, y de esta forma ha encubierto que se trata primordialmente de la solución de una lucha de poder.

Desde el acceso al gobierno de Aníbal, a más tardar, empezó la Hispania bárquida a distinguirse como factor con una dinámica propia. Sin duda, los romanos no experimentaron al principio ninguna amenaza directa de sus intereses, pero sí vieron en Hispania una base operativa, que podría constituir una nueva edición de la tradicional política ultramarina cartaginesa. La declaración de guerra romana viene a mostrar hasta qué grado el recuerdo de la anterior contienda con Cartago continuaba vigente y ejerciendo su influencia, cuán sensible y exageradamente alta valoraban los romanos su necesidad de seguridad, y también, cuán bajo situaban, en contrapartida, el dintel de su tolerancia frente a cualquier forma de constitución de un imperio ajeno.

Finalicemos nuestras reflexiones evocando una de las consecuencias de la guerra derivada del auge del poderío cartaginés en Hispania. Me refiero a la superación de la fragmentación política mediante la integración paulatina del espacio hispano en el ámbito general de la civilización protagonizada por Roma, que va a imprimir sus señas de identidad más allá de la cuenca del Mediterráneo. La controversia surgida por el establecimiento del poderío púnico en el sur y este de la Península Ibérica es el prólogo de este proceso.